

DOMINGO DE PASCUA - MISA DEL DÍA
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
5 de abril de 2015
Jn 20, 1-9

Queridos hermanos y hermanas en Cristo resucitado:

El *sepulcro* donde fue puesto Jesús se convirtió, desde la primera mañana radiante de Pascua, en fuente de vida. Hoy damos gloria a Dios misericordioso que nos ha llamado a compartir, ante el *sepulcro* vacío, la fe de Pedro y la del discípulo que Jesús amaba; la de María Magdalena después de encontrarse con el Señor que vive. De este *sepulcro* que ha acogido al Crucificado ha brotado la salvación del mundo.

Este *sepulcro* vacío, gracias a Jesucristo que fue puesto en él a causa de la realidad cruel de su muerte y del que salió victorioso, nos ofrece un mensaje que atraviesa los siglos. Y que es muy necesario en nuestro tiempo. Este mensaje es que la historia no puede ser programada por nadie porque la última palabra sobre la historia no pertenece al ser humano sino a Dios. La muerte y la sepultura de Jesús parecían el fracaso final de una predicación maravillosa. Y no fue así, aunque había quien lo deseaba. En vano pusieron una piedra muy grande y difícil de hacer rodar para cerrar la entrada de la sepultura y en vano la sellaron (cf. Mt 27, 60.66). En vano los soldados vigilaron la tumba (cf. Mt 27, 66). Todas las estrategias de los poderes mundanos se estrellan contra la realidad de Jesucristo resucitado, aunque aparentemente por un cierto tiempo pueda parecer que triunfan, también en nuestros días. Por eso cualquier esfuerzo de la humanidad contemporánea de querer modelar el futuro sin Dios es una vana presunción (cfr Bartolomé I, Homilía en la Basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, 25 de mayo 2014).

El *sepulcro* vacío nos invita, además, a no dejarnos vencer por otro temor que quizás es el más difundido en nuestros tiempos, el temor del otro, de aquel que es diferente, el miedo a quien pertenece a otra raza, otra religión, a otra cultura. Esta tumba destruye las discriminaciones de todo tipo y nos invita a amar al otro, con todas sus diferencias, a quererlo como hermano o hermana. Aunque el otro no nos ame. Porque el odio lleva a la muerte, mientras que el amor echa fuera al temor y lleva a la vida (cf. 1Jn 4, 18).

El *sepulcro* vacío donde fue puesto el Señor continúa repitiendo año tras año: *no tengáis miedo* (Mc 16, 6). Nos llama, pues, a sacar de nuestro corazón toda clase de *miedo*, todo tipo de desesperación. De este sepulcro salen mensajes de aliento, de esperanza, de vida, desde el momento que no ha podido retener muerto el Señor de la vida. Por eso el primero de los grandes mensajes de esta tumba vacía es que nuestro *último enemigo*, la muerte (cf. 1Cor 15,26), que es fuente de todo tipo de *miedo*, ha sido vencida. La muerte no es la última palabra de nuestra vida. Por eso no deberíamos tener *miedo*. La muerte ha sido vencida por el amor de aquel que voluntariamente aceptó morir por amor a los demás. Desde entonces toda muerte por amor al otro es transformada en vida; tanto la muerte de quien da literalmente la vida por los demás como la muerte de quien la gasta cada día amando.

El *sepulcro* vacío nos dice que no deberíamos tener *miedo* tampoco del mal, sea cual sea su forma concreta. Jesucristo en la cruz cargó sobre sí todas las formas del mal: el odio, la violencia, la injusticia, el sufrimiento, la humillación. Jesucristo se ha cargado todo el dolor de los pobres, de las personas frágiles, de los oprimidos, de los explotados, de los marginados, de los afligidos, de las víctimas del terrorismo, ... Todo el que, como Jesucristo, sea crucificado -literalmente, como todavía ocurre hoy, o en la forma que sea- verá cómo la resurrección sigue a la cruz. El odio, la violencia y la inequidad, aunque parezca que dominen buena parte del mundo, no tienen futuro.

Desde la cruz gloriosa de Jesucristo, el futuro es de la justicia, del amor, de la vida. Por ello, con la luz y la fuerza que nos vienen de Cristo resucitado tenemos que trabajar con todas las energías para que vayan extendiéndose cada vez más.

Como signo de nuestra voluntad de amar y ser solidarios de los demás y como concreción de nuestra ayuda fraterna, os proponemos colaborar, al igual que hemos hecho en la noche santa, en una colecta a favor de los cristianos de Tierra Santa y de Oriente Medio de los que el Papa pide que recordamos especialmente estos días santos.

El *sepulcro* vacío nos habla de la vida más allá de la muerte que Jesucristo nos ha ganado con su entrega en la cruz. Pero no debemos esperar al más allá para recibir la vida eterna que nos viene de la Pascua. Ahora ya podemos tenerla como primicia de la realidad futura cuando nos alimentamos de Jesucristo en la Eucaristía. Él, el Resucitado, nos comunica la vida futura; dice que *el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna* (Jn 6, 54). Y, además, nos ofrece la garantía de la resurrección más allá de la muerte: *y yo le resucitaré en el último día*, concluye. Por ello, en el s. I, san Ignacio de Antioquía decía que el Pan eucarístico que recibimos es "fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte" eterna (Ef, 20).

Hoy, en esta celebración pascual, recibirán por primera vez este alimento de vida eterna los escolanes, Roger Alsina, Xavier Canadell, Bernat Capdevila, Arnau Hortal y Miquel Leiva. Jesucristo se les da como alimento para poder entrar dentro de ellos y tener una relación de amigo a amigo con cada uno. Ellos y nosotros, pues, ya en la tierra, tenemos la primicia de la plenitud futura inaugurada por el *sepulcro* vacío. Y podemos disfrutar de la amistad íntima con Jesucristo y de una relación confiada con el Padre, siempre gracias a la acción del Espíritu Santo que, por la oración de la Iglesia, hace presente el Resucitado en el pan y el vino de la Eucaristía.